EL CARNAVAL DE MONTEVIDEO EN EL SIGLO XIX (1)

Hubo una vez, una dama americana de castizo origen español, muy hermosa, llamada Montevideo. Fué favorecida por la naturaleza, con grandes beneficios de hermosura y riqueza. Sus campos y aledaños eran extensos, con suaves ondulaciones, fecundos de árboles y flores.

Empezaron a visitarla sus compatriotas, los españoles, y encantados de ese sitio, fueron sus vecinos. Dejaron su tierra madre, y la generosidad de Montevideo fué repartiendo sus quintas y sus tierras, llenándose de blancas casas.

Más tarde, la visitaron, ya con codicia, portugueses e ingleses; pero Montevideo, rica hembra española, muy valiente, se defendió magníficamente y sus tierras nadie se las arrebató.

Y aquellos, sus primeros vecinos españoles, tuvieron hijos ya americanos, que un día rompieron su amistad con la tierra de sus mayores. Y Montevideo, fué dos veces libre.

Cada vez, se hacía más potente, más culta, más rica; los visitantes extranjeros que la visitaban, quedaban fascinados y afincaban en sus playas.

Y así, desbordando generosidad, permitía que, como una gran familia, estuvieran juntos americanos, españoles, italianos; gente sana, fuerte y muy trabajadora.

Y así corría la fama de Montevideo por Europa, y también llegaron a conocerla franceses y vascos, contribuyendo con su esfuerzo al bienestar general.

La vida que les ofrecía Montevideo era tranquila, sana, de labor; pero a veces se obscureció por disturbios, peleas entre propios hermanos de la misma tierra... y largos años fueron ensombrecidos por humo de pólvora, enfermedades, cólera o fiebre amarilla, crisis financieras, bancarrotas, etc.

(1) MIGUEL ANGEL JAUREGUY nació en Montevideo el 4 de mayo de 1897, cursó estudios en la Facultad de Medicina de Montevideo y, luego de haber obtenido altas clasificaciones, se graduó en ella de Doctor. Completó sus estudios en las clínicas médicas de París, Estrasburgo, y Berlín, y al regresar a Montevideo, ganó, por concurso de méritos y oposición, distintos cargos técnicos en el Instituto de Clínica Pediátrica e Higiene Infantil «Dr. Luis Morquio», Ministerio de Salud Pública y Consejo del Niño. Además de su tesis de doctorado, es autor de diversos estudios recogidos en revistas uruguayas, americanas y europeas, y de interesantes ensayos, entre ellos «Estudio del niño «negro» del Uruguay», «Historia de la Medicina Infantil del Uruguay en el siglo XIX», «Vida del Licenciado Cirujano del Ejército Español Dr. José Fernández» y el que insertamos con esta nota. Concilia así el autor las actividades científicas de su profesión y el estudio de las disciplinas médicas con el cultivo de las letras, especialmente en el género histórico, y de éste, en una zona poco explorada aun por la investigación, en la cual ha logrado interesantes aportes.

Todo aquel vecindario de Montevideo, soportó muchas calamidades; pero pese a todo, trabajaba, y nuestra ciudad iba adquiriendo su importancia... debiéndoles hoy, nosotros, nuestra gratitud, por el magnífico legado de la bella ciudad de Montevideo.

Y hubo un pintor, hijo de Montevideo, llamado Blanes, que dejó en espléndidos cuadros, un recuerdo de hombres, niños, matronas y militares de aquella época, así como pintó desfiles militares y tragedias de epidemias.

Y un día feliz, los vemos a todos reunidos en una vasta sala solemne, marfil y oro, y ellos nos miraban a nosotros, sus descendientes, que no usaban sombreros; ellos, los de alta galera, a sus lindas biznietas de pelo corto, algunas sin medias, de trajes simplificados; ellas, las graves matronas de abundante cabellera y enormes polleras.

Pero, Dios santo, estos señorones y matronas y militares, ¿nunca se reían?, me pregunté yo, al salir de aquel círculo de personas tan graves.

Perdone —señora de amplio miriñaque y muchas enaguas,— ¿Ud. nunca bailó?; perdone —señor general, de severo uniforme o grave personaje de patillas y bigote— ¿nunca fué joven ni fué a un baile?

Todo ese austero empaque, ¿lo mantenían siempre?

Los textos de la escuela, las crónicas, las tradiciones en nuestro país, sólo nos describen luchas, batallas, guerras.

Pero, sin embargo, pese a tan agitada vida, a tanto luto, crisis económicas, epidemias, etc., toda aquella gente también iba al teatro; tenía reuniones sociales; existían poetas, y en cierta época del año —asómbrense— ¡se reían en Carnaval!

Comprender esa faz de la sociedad montevideana, aparentemente tan superficial, tiene el valor de un retrato más humano de aquellos hombres y mujeres.

Junto a la gesta magnífica de sus proezas, debemos interesarnos por su vida privada, para valorarlos mejor.

Esto justifica mi curiosidad por el Carnaval de Montevideo en el Siglo XIX.

Y decía, que aquel vecindario de españoles, franceses e italianos, se sentía a gusto con la hospitalidad de Montevideo.

Y una vez afincados en casas de una sola planta, con amplios patios y enormes piezas, se reunían y comentaban las luchas que presenciaban y también añoraban las tradiciones y costumbres de su lejana patria.

Hablarían a sus hijos de los carnavales europeos, vistos en su juventud o repetirían los ecos de crónicas de carnestolendas de Madrid, París o Roma.

Llegó un día que, también en Montevideo, quisieron revivir lo que ellos habían visto en su patria.

En mi opinión, es innegable, el poder de la reviviscencia de costumbres europeas en nuestra tierra por aquellos inmigrantes, para explicar las características del Carnaval de Montevideo.

Nació, creció y tuvo sus modalidades por reflejo de la influencia europea de aquellos habitantes.

Tanto es así, que en octubre de 1843, según el censo oficial seriamente contraloreado por el joven Jefe de Policía, Andrés Lamas, Montevideo sitiado después de ocho meses, y a pesar de pérdidas importantes, había conservado todavía claramente los caracteres de una ciudad de inmigración.

Las odiosas cifras, pero siempre necesarias, estipulan que de toda la población montevideana, el 50 %, o sea la mitad eran europeos, el 36 % uruguayos, el 10 % americanos del sur, argentino-unitarios, y el 4 % eran negros africanos.

Los franceses solos, constituían casi la mitad de la inmigración europea (42 %) y el cuarto de la población total, 22 %.

Esta proporción, según Jacques Duprey, se mantuvo durante el sitio y aun fué en aumento.

Más tarde, en tiempo de Giró, Flores y Pereira, allá por el 1850 y 1860, llega la inmigración italiana, y su influencia es cada vez más creciente en los años posteriores.

*
* *

Y decía yo, que en los corrillos, en ratos de descanso —españoles, franceses, italianos y también los negros,— hablaban y recordaban cosas de otros países.

Los españoles sabían que, en casi todos los pueblos de su tierra, existían ciertas costumbres extrañas respecto a la celebración del Carnaval. Desde que Madrid fué la corte de España, tuvo con breves intervalos su Carnaval alegre y regocijado.

Cuando la regencia de la reina María Cristina, los bailes de máscaras estuvieron en todo su esplendor.

La variedad de trajes aldeanos, españoles, tan típicos y artísticos; las agrupaciones de orfeones y estudiantinas; los vistosos trajes de toreros, majas y manolas; las músicas alegres, de sus zarzuelas españolas, era material magnífico para una fiesta carnavalesca.

Goya, el trágico pintor de escenas macabras o fantásticas, nos muestra de un modo exquisito, tipos de enmascarados.

Los italianos de Montevideo, en general, venían del Piamonte, de Génova o del sur de Italia, pero traían en las venas la alegría de las fiestas callejeras a pleno sol, como en todos los países meridionales, con sus desfiles, cosos, etc.

Hablar de Italia y del Carnaval, obliga a recordar a Venecia. Quien la haya visitado, en aquel hermosísimo espacio limitado por la Basílica de San Marco, La Logetta, la Torre del Reloj y las Prefecturas, recordará el Museo Cívico Coner. En él, se encuentran en vitrinas, modelos de góndolas venecianas, fanales, blasones, trajes de dogos, y antifaces de todos colores y trajes de auténticas venecianas.

Causan una extraña impresión aquellos huecos vacíos de los anti-

faces, junto con los recuerdos de aquellas famosas conspiraciones, traiciones y delaciones; ¿a qué dama pertenecían?, ¿para qué habían servido esos antifaces?, ¿para el bien o para el mal?

Byron aseguraba que, de todos los países de la tierra, Venecia es el que ofrece el más alegre y divertido Carnaval, por sus bailes, cantos y serenatas, por sus mascaradas y misterios.

Esto sería verdad en la época en que Byron escribía, pero desde entonces acá todo se modificó.

En los tiempos de Byron, acudían gran número de extranjeros a la ciudad de los Dux, en donde, durante algunos días, todas las pasiones se daban cita y se permitían las mayores licencias. El despotismo político que pesaba sobre aquella ciudad se suspendía durante los días de fiesta carnavalesca; el antifaz, con su inviolabilidad lo encubría todo: juegos, espectáculos, amoríos, intrigas, asesinatos, adulterios, conspiraciones junto a alegres mascaradas y espléndidos bailes.

Y otros italianos habían oído hablar de los famosos cosos de Roma.

Goethe dejó una descripción de aquellas fiestas populares, y decía: «Como muchas calles de las ciudades italianas, toma ésta su nombre de las carreras de caballos, que terminan en Roma cada día del Carnaval y en otras ciudades, otras solemnidades, como la fiesta del patrono o la inauguración de la iglesia.

La calle se extiende desde la plaza del Pueblo (di Poppolo) en línea recta hasta el Palacio de Venecia.

En todas las fiestas, especialmente en Carnaval, las colgaduras de los balcones transforman la calle en grandes galerías.

Desde Año Nuevo se abren los teatros y el Carnaval empieza, pero el público espera con ansiedad los últimos ocho días.

Todos los días de Carnaval terminaban con carreras de caballos y las máscaras eran numerosísimas.

Al fin del Carnaval aparecen los carruajes descubiertos, tirados a veces por seis caballos; los cocheros y lacayos van disfrazados y los caballos adornados con flores.

Entre las máscaras se producen verdaderas batallas, arrojándose confites y grajeas.

Apenas se extiende la oscuridad aparecen en los balcones faroles de papel transparente, los coches llevan candelabros de cristal; en otros carruajes, las damas llevan antorchas. Es deber de todo el mundo llevar una antorcha encendida.

A la imprecación favorita de los romanos: *Sia ammazato che non porta muccolo!* (muera el que no lleve una antorcha), se las quitan los unos a los otros, tratando de apagarse mutuamente las luces. La acción de encender y apagar, y la exclamación: «*Sia ammazato*», dan vida y movimiento y un placer mutuo a aquella inmensa multitud. Trátase únicamente de apagar la antorcha o cirio de la persona que se tiene cerca, sea conocida o desconocida, o de encender la propia, aprovechando la ocasión para apagar aquella en que se enciende.

Cuando más furiosamente resuena el grito de *sia ammazato*, más

pierde su terrible significación, llegando en aquellos días a ser hasta una galantería.

En medio de estos gritos incesantes continúa la batalla de apagar y encender las luces, en la calle, en la escalera. Estando de reunión, trátase siempre de apagar la luz de los otros; el niño apaga la luz de su padre y no cesa de gritar *sia ammazato el signor padre*, y en vano es que el padre lo reprenda; el niño goza en aquella noche de entera libertad.

Repítese esta *batalla de luces* en los ocho días de Carnaval y durante los cuales celébranse, además, grandes festines y bailes de máscaras».

Tal es, muy extractada, la descripción del Carnaval de Roma que da el célebre Goethe.

Hoy en Roma, como en todas partes, el Carnaval ha decaído muchísimo.

Esta importancia de los cosos carnavalescos, más adelante, veremos, tiene gran influencia en nuestros propios carnavales.

Y los franceses del Uruguay, de origen en su mayoría vascos, pero también de otras partes, traían su acervo de tradiciones, músicas y costumbres.

No se caracterizaba el Carnaval en Francia por un aspecto callejero, sino por el de sus bailes.

Allá por 1859 —10 años antes de Sedán— Imbert de Saint Amand dice que, el gran asunto de París no es la política, sino el placer. Jamás han estado los salones más brillantes ni las fiestas tan numerosas y magníficas.

El 14 de febrero, la ciudad de París ofreció una fiesta magnífica al príncipe Napoleón y a la princesa Clotilde. Se repartieron 10.000 invitaciones para ese baile fantástico, entrada triunfal de la hija del Rey Víctor Manuel en la alta sociedad parisiense. En el rigodón de honor, la princesa Clotilde bailó con el Barón Haussman, Prefecto del Sena, y el príncipe Napoleón con la Baronesa de Haussman.

Es la época feliz del Segundo Imperio.

En menos de una semana, hubo cuatro bailes de máscaras: el primero en el Ministerio de Estado, el segundo en la Presidencia del Cuerpo Legislativo, el tercero en el Ministerio de Negocios Extranjeros y el cuarto en Las Tullerías.

El Emperador Napoleón III y la Emperatriz Eugenia asistieron a esos bailes; a los tres primeros, con dominó y antifaz, y al último, con el rostro descubierto.

Uno de los episodios que llamaron con justicia la atención, fué la entrada de dos mujeres que llevaban oculto el rostro bajo el antifaz y vestían trajes alegóricos. Representaban la Paz y la Guerra. La primera, de blanco, con corona de olivos y en la mano una rama verde; la Guerra, con el casco en la cabeza y los cabellos flotantes, lleva una lanza. Al pasar por delante de la princesa Matilde, la Paz se detiene y dice, inclinando la rama simbólica: «Permitidme, señora, depositar mi rama a vuestros pies, y agregar mis votos por vuestra ventura». La

princesa Matilde, famosa por su ingenio, contesta: «Los acepto como augurio, mas no respondo de nada».

En cuanto a la Guerra, habiendo divisado a un general que conquistó su grado en Crimea, le ofrece la lanza, diciéndole: «¿Quieres tomarla?». «Con mucho gusto —contesta el valeroso militar— mi oficio es batirme, pero te advertiré, hija mía, que una golondrina no hace verano». Por lo visto, este general no estaba seguro.

¿Quién podría creer que pronto estallaría una guerra terrible? Desgraciadamente, nosotros hemos presenciado lo mismo muchos años después; las fiestas que preceden a los dramas más enormes de la humanidad.

Carpeaux dejó, con su arte genial, la impresión de los bailes de disfraz en las Tullerías en 1867.

Los dos cuadros referentes a los bailes de las Tullerías, que están en el Louvre, junto con la recepción de Alejandro II, son las telas en que aparece del modo más vivo y brillante, el talento de Carpeaux, como pintor.

No son más que *esquisses* o bocetos, pero todo lo necesario se encuentra allí. Carpeaux nos muestra, delante de las cariátides, una logia, y a Napoleón III, con manto veneciano echado sobre los hombros, dando el brazo a una bella maga o «adivina», que no es más que la famosa Condesa de Castiglione, y recibiendo el homenaje de hombres y mujeres disfrazados.

Esta predilección por los bailes de teatro en Carnaval, es una característica francesa.

Lamento no poder agregar algún documento gráfico de Gavarny, para ilustrar sintéticamente esa época.

* * *

Estas consideraciones respecto a la importancia del rol del origen, sea italiano, francés o español en nuestro Carnaval, creo no ha sido señalado.

Si bien es cierto que aquellos inmigrantes eran gente ruda, pobre, de trabajo, también llegaba gente de letras, finas, amantes de lecturas y de cierta cultura.

Todos traían sus modalidades raciales, sus características psíquicas para demostrarlo en la alegría callejera de comparsas, desfiles o cosos, o en la alegría de los salones, bailes de teatros o de familia.

Además, si bien ellos no presenciaron muchos espectáculos de las grandes capitales, se conocían por transmisión verbal o por los periódicos que se recibían en Montevideo.

La gente culta de esta ciudad, estaba al tanto de lo que sucedía en otras partes, leía novelas, frecuentaba el teatro San Felipe, oía comedias y óperas; en suma: tenía material para desbordar su imaginación en Carnaval.

Y quedaban los negros.

*
* *

Negros que fueron esclavos y ahora eran libres, pero siempre ligados a nuestras familias antiguas.

Los trajeron amontonados en las bodegas de los barcos negreros, frutos jóvenes de las costas africanas. Y los maltrataban los negreros, como uva en represa, por su codicia en la infame venta consiguiendo el mayor precio.

Sufrían los negros, en el viaje largo y penoso, pero llegaban a América donde algo de pan les tocaría en estas colonias españolas y portuguesas.

En el Virreinato del Plata, las familias españolas los trataban con benevolencia, y su poder sobre los esclavos negros no era rígido.

La mujer española, compasiva y piadosa, atenuaba con suavidad la desgracia de sus esclavos.

Y un día, los negros esclavos fueron libres, pero muchos quedaron con las viejas familias, sólo por su voluntad. Pero desde muchos años atrás, el elemento negro, tanto en Buenos Aires como en Montevideo, fué aumentando tanto, que dicen que el tercio de la población, en 1800, fué exclusivamente negro.

Los pobres negros encontraban algo de calor y cariño en las casonas de las familias españolas o portuguesas, quienes recompensaban el humilde trabajo casero que desempeñaban, prodigándoles benevolencia en el trato. Pero, llegaba la tarde, llegaba la noche y quedaban solos consigo mismo en los ratos de descanso, y sus infantiles y simples espíritus, recordaban su tierra lejana y sus costumbres.

El blanco mantel, el pan de trigo, no podían vencer para siempre el recuerdo de los frutos dulces del trópico. La blanca castellana, no haría desaparecer todo lo salvaje de su fondo. Y se llenaban de nostalgia, se encontraban solos en la peor soledad, consigo mismo entre extraños; tenían necesidad de juntarse, de verse entre sí los negros, de hablar en su lengua.

Lo hicieron así, se agrupaban en «naciones». Cada nación tenía sus danzas, cantos e instrumentos. Los sitios donde se reunían los negros, se llamaban candombes o tambos.

Por fin, entre ellos, podían alegrarse, con la libre expansión de un deseo, sin trabas; podían hablar a gritos o en voz baja, en su lengua gutural; podían olvidar, por horas, su condición de esclavos e imaginarse libres, otra vez africanos en su lejana costa africana.

En todas las ciudades americanas donde había esclavitud intensa, existieron fiestas de negros.

Eran reuniones tranquilas, sin importancia; pero, con el correr del tiempo, no escasearon las tumultuosas y peligrosas. Tanto es así que en Buenos Aires, durante el siglo XVIII, los tambos de los negros preocuparon muchas veces a las autoridades, por ser reuniones que, por lo ruidosas molestaban a los tranquilos vecinos; otros españoles de rígida moralidad protestaban y consideraban obcenas esas costum-

bres. No faltaba quienes opinaban que esas agrupaciones eran peligrosas, bajo su carácter político, por ser muy numerosas.

En 1788, el Síndico Procurador General se había dirigid al Cabildo, protestando indignado por ese estado de cosas; se reúne el Cabildo el 9 de octubre de ese año, considera la nota y pide al Virrey que se prohiban los bailes públicos y privados de los negros. Se fundaba el petitorio, en lo obsceno de los movimientos que se ejecutaban, que, por otra parte, no pueden evitar, pues a ello contribuye el mismo son de sus instrumentos.

Además «toda la negrada y mulatería, dicen, trataba a toda la gente blanca propasándose con un exceso que jamás se ha visto, de faltar el respeto y veneración debida a todas las gentes, y principalmente, a todos aquellos condecorados y distinguidos por su calidad y estado».

En Montevideo, nunca llegaron a esos excesos, ni merecieron tales críticas.

En Buenos Aires, los candombes se realizaban en casas o «Huecos de extramuro», como los llamaban.

Aquí, en nuestra ciudad, los principales eran la Sala de los Banguelas, Ibicuy casi Soriano; la Sala de los Congos, Paraguay entre Canelones y Soriano.

Los candombes empezaban en Navidad; su apogeo lo alcanzaba el día de Reyes, y duraban los tres domingos siguientes. La gran fiesta, era el 6 de enero, día de San Baltasar, el Rey Negro de la leyenda bíblica. Duraban las fiestas tres días seguidos y tenía lugar la consagración del Rey. Antes de empezar las fiestas, recorrían la población solicitando dinero, levitas, galeras, cinturones, collares, cintas y todo cuanto pudiera servir para ataviar con lujo al Rey, así como, el salón apropiado para festejar el acontecimiento.

Como se les miraba con indulgencia y simpatía, las contribuciones llovían en abundancia. Existieron familias, como la del Gral. Pagola, que eran muy generosas con los Congos, prestándoles mobiliarios y cortinados, juegos de sala para la Sala de los Reyes; llegando hasta la rivalidad, con respecto al adorno de esas salas; era cuestión de prestigio y dignidad la mayor ostentación de lujo en sus reuniones.

Mientras tanto, la Sra. Dolores Vidal de Pereira, preparaba en la Matriz el altar de San Baltasar, que estaba donde hoy se destaca el monumento a D. Mariano Soler. Llegado el día magnífico del 6 de enero, los Reyes y su séquito de acompañantes, asistían en corporación a la Matriz.

Después eran las visitas protocolares de cortesía a las familias, recorriendo la ciudad, para terminar con la visita al Gobernador y autoridades, que los recibían deferentemente, haciéndoles toda clase de regalos.

El Rey y la Reina eran negros «libertos»; no eran esclavos, cuyos oficios alternaban entre cocineros, lavanderas, planchadoras; todos servidores de buenas y distinguidas familias.

De tarde eran las fiestas en los candombes; duraban tres días,

para lo cual los patrones concedían el permiso especial y éstos se entregaban al baile, tan incansables para el trabajo, como para el consagrado candombe.

Por fin, al caer de la tarde concurrían a las Salas que, como ya dije, entre las que más se recuerdan estaban las Salas de los Bangnela, en la calle Ibicuy y la de los Congos, en la calle Paraguay. La sala de los Reyes daba a la calle y con los muebles de sala de lo del general Pagola, cortinados, floreros, adornaban la habitación. En una mesita colocaban la imagen de un santo, y delante una bandeja para recibir los óbolos. Detrás se colocaban el Rey y la Reina, que llevaban la cabeza empolvada de plateado o dorado.

Fuera, en el patio, se encontraban bancos colocados en cuadro; la concurrencia llegaba vestida con sus mejores galas; enaguas almidonadas, amplias polleras de percal y zaraza, mezclados con sedas de fuertes colores y perfumadas con la antigua Agua Florida. Muy señoronas y empaquetadas, las negras daban lo mejor de su legendaria cortesía, y recibían la visita de las familias que iban a saludar a sus servidores, a quienes habitualmente se les llamaba con el nombre de «tío».

Y convidaban con rosquillas, buñuelos y licores caseros.

Algunos de los negros, se ponían galeras y también lucían trajes o levitas que pudieran haber pertenecido a la familia a la que los unía años de servidumbre.

Todo empezaba muy correcto y adecuado. Más tarde, al comenzar la noche, después de pasar las terribles horas de calor de los cálidos meses de febrero, se prendían los faroles de aceite o kerosene del patio y zaguán, y las velas de los candelabros de la sala y las lámparas de kerosene; y empezaba el baile.

Ya se habían agrupado los tamboriles, sonajeros, calabazas, que los había de distinta forma y tamaño. Junto al tambor «piano», sonoro y grave, estaba el «chico», alegre, de sonidos claros y el «bajo», rotundo y cadencioso. Llamaban la atención los «sopipas» —tambores grandes como un hombre— según dicen por trasmisión verbal algunos viejos negros contemporáneos. Otro instrumento curioso era el «quisanche», chiquito, con teclado de metal.

La música acompasada, sin ritmo aparente, se acompañaba golpeando las manos; cantaban e nafricano, melodías tristes, de sonidos guturales, melancólicas, última expresión verbal de la herencia de sus mayores.

El canto, el baile y las golosinas, traían sed, mucha sed; empezaba a servirse refrescos y caña brasilera para los hombres.

Se arrugaban los trajes, se empezaba a olvidar la etiqueta, los cuerpos pedían libertad para bailar con toda alegría; el entusiasmo aumentaba; bailaban a su gusto hasta cansarse.

La influencia africana, ejerció rol principal sobre los bailes de la época y tuvo con el andar del tiempo gran aceptación un baile popular, la «Calenda», que bailaban mestizos y negros pero que no fué aceptado en sociedad.

El baile tenía mucha semejanza con el «Pericón», pero era de índole más sensual, y un escritor extranjero ha dicho: «Era bastante indecente para chocar y asombrar a todo el que no tuviese el hábito de verlo».

Pero es unánime, la impresión recogida por referencia de personas que han oído hablar de los candombes, que eso no era en general un espectáculo obsceno ni merecía excesiva censura.

Seguía el baile toda la noche, hasta la madrugada. Los cuerpos se cansaban; la bebida, el calor sofocante de la noche, el rítmico golpetear de las manos, y el ruído de los tambores, sopipas, quisanches y calabazas, los iba transformando. Las luces de algunos faroles, se apagaban; todo el sonido, luces, bebidas, se adentraba en la sangre y se sentían ampliamente africanos en tierra de América; y dicen negros viejos, que han oído hablar de sala de magies, de algunos concurrentes que llegaban a ser «santos» y se ponían rígidos golpeándose la cabeza.

Y me contó el mismo viejo, que oyó decir en una familia, que una vez un comisario vino a poner orden en un candombe y el santo le dió el efecto, quedando «bobo», según se expresan, como sin vida, sin poder hablar por unos días. Me imagino que era algo de hipnotismo y mucho de superstición.

Llegan las primeras horas de la madrugada. Empiezan los ruídos de la vida doméstica. Hoy los patrones olvidarán la ausencia de muchos servidores; y otros romperán tazas y platos con manos torpes, con cabeza perdida, y medios dormidos cumplirán a medias sus obligaciones.

Acaba la fiesta dejando revivido en el infantil espíritu de negros y mulatos, el espejismo de una noche africana en esta joven patria.

Y no sólo se reunían los negros, en casas cerradas para sus candombes; también ellos salían a la calle agrupados en comparsas, cuando el carnaval se hizo callejero. Formaban cortejos por demás pintorescos, mezclando reminiscencias de reyes, curanderos, guerreros y esclavos.

Todavía hoy vemos los últimos restos de aquellas agrupaciones.

Muchas veces, antes del carnaval, se reunían los socios de esas agrupaciones, para ensayar sus cantos. Generalmente preparaban tres composiciones musicales: un himno, un tango y una marcha. Los días de carnaval, de mañana, recorrían el barrio dos o tres negros tocando el tambor. Esta cosumbre se denominaba la «llamada». Nuestro dilecto amigo el Dr. J. C. Plá ha reproducido en uno de sus cuadros esta escena.

De tarde salían muy temprano las comparsas, en un orden más o menos riguroso y tradicional. Abría la marcha el estandarte principal con sus trofeos y medallas, rodeado de un grupo de honor.

Después venían los que tocaban los tamboriles, que eran varios: el llamado «piano», sonoro y grave; el «chico», de sonidos claros y el «bajo», rotundo y candencioso. Y es clásico el ruido de los tambo-

riles, interpretado por uno de nuestros poetas en uno de sus poemas, que empieza: borocotó, chas-chas; borocotó, chas-chas.

Detrás venía el «gramillero», que simbolizaba un viejo curandero, con un andar desgarbado. Le siguen los «escoberos», que son jóvenes, y mientras caminan hacen recorrer su escobita en sus brazos, pasándola por detrás de la nuca al otro brazo, o la largaban al aire y la recogían con habilidad extraordinaria.

También llegaban el rey y la reina, con trajes suntuosos. A continuación seguía el conjunto, desfilando en largas hileras.

Los trajes de los negros, que a veces eran blancos pintados de negros, figuraban o recordaban arbitrariamente los trajes de los nativos africanos.

Llevaban zapatillas con cintas cruzadas, delantal de cuero de carnero, co nespejitos, pantalones y blusas de colores fuertes con ribetes dorados.

Este traje, según es tradición, no se lo ponían jamás en el resto del año, y lo guardaban con gran cariño.

Se intercalaba el desfile con los porta - estandartes y los faroles colocados en la punat de un palo. Los faroles figuraban estrellas o medias lunas, eran de papel y dentro llevaban una vela.

Al atardecer, cuando regresaban agotados de sus largas caminatas, los faroles encendidos agregaban una nota muy pintoresca en su conjunto.

Hubieron muchas comparsas de negros muy importantes, como Los Pobres Negros Orientales y la Raza Africana, Los Negros de Sud América, Negros Anzá, Negros Esclavos, Negros Argentinos, Negros Lubolos, El Candombe, Negros Bayan, etc.

El barrio Palermo puso su alma en los «Esclavos de Nyanza». La comparsa «Estrella de Africa» partía de la escuela de Artes y Oficios. La llamada «El Sol de Africa» partía de la Aguada. Y los «Negros Orientales» de Durazno y Ciudadela.

Cuando Montevideo era todavía una «aldea grande», iban desfilando a pie, y cuando mejor, en el venturoso tranvía de caballos, llegando a veces hasta la Unión y el Paso de Molino, que estaba muy lejos entonces del centro.

En esas comparsas de negros, hubieron muchos que se destacaban por sus habilidades coreográficas, o como tamborilleros, tales como Chaparro, o el que llevaba el nombre muy curioso de 14 menos 15.

Y así como tenían un ritual para organizarse y desfilar, también lo tenían cuando dos comparsas de negros se encontraban en el camino.

Se hacían saludos y reverencias con los estandartes y faroles, cuando eran agrupaciones amigas, pero cuidado si eran rivales, pues había un amor propio enorme por parte de los asociados por su comparsa; algo semejante a lo que hoy sucede con los clubes de fútbol y sus partidarios.

Este amor propio, a veces era excesivo, y sentían o se imaginaban como una ofensa, cualquier manifestación que no era de su agrado.

Por eso eran frecuentes y a menudo temibles los incidentes entre las comparsas de negros o entre los públicos de los barrios vecinos.

Citaré una crónica de uno de ellos, acaecido en el 1891: Transitaba por la calle Agraciada la comparsa titulada «Candomberos al Tope», suscitándose un incidente con un cochero del tranvía del Paso del Molino, el cual pretendió pasar por entre la comparsa con su coche, sin fijarse que exponía a más de una de las máscaras a ser derribadas y heridas.

Varios de los disfrazados atropellaron los caballos del vagón y los detuvieron, suscitándose un incidente con el cochero. Un oficial de Policía que estaba por allí, sacó un revólver del bolsillo y dándoles la voz de presos a las máscaras, los amenazó con el arma.

No bien terminó el oficial la frase de «desen presos», cuando una lluvia de garrotazos descargaron las máscaras sobre su cabeza. Uno de los golpes dados con un hacha de madera, le produjo una herida en la cabeza, cayendo sin sentido al pavimento.

Las simpáticas comparsas de negros, tál vez lo más típico del carnaval montevideano, después de sus largas caminatas, visitas a tablados y frecuentes descansos en almacenes de los barrios, en aquellas tardes sofocantes de calor, llegaban a su barrio rendidas y agotadas, con sus faroles encendidos.

La disciplina y el orden se resquebrajaba; los tamboriles quedaban roncos. Algunos de los que salían no llegaban de vuelta, por quedar después de alguna pelea en la comisaría.

*
* *

El agua mata la alegría.

A quien se le ocurrió este juego nadie lo dice, pero como cosa prohibida, tuvo sus partidarios que nunca cejaron en su entusiasmo, pese a todas las penas y leyes.

Montevideo se enloquecía por jugar con agua.

Ciudad tranquila, repasada en su vida hogareña, frente todo el día y todo el año al mar, agua y mar acabó por identificarlo (al agua) como amiga suya para festejar su alegría.

El agua era o hubiera podido ser la flor de su alegría, pero llegó a ser arma temible y venció a la risa, porque se crisparon muchos rostros heridos por el agua en vez de sonreír con indulgencia por el beso de ella.

Muchos meses antes de carnaval, en todos los hogares se juntaban los huevos y se guardaban.

Era un tesoro frágil, sutil, que no permitía el grosero contacto de la fuerza; debía ser manejado con toda delicadeza.

Y el avaro guarda sus monedas, una por una, y las mira, las cuenta, las esconde a las miradas del vecino.

Cada moneda es un tesoro pequeño que se suma, y la imagina-

ción del avaro se alegrará con el poder de la riqueza, sin pensar en su destino, que puede ser fugaz, y que para él será imperecedero.

Las jóvenes dueñas de casa y las señoritas, juntaban su tesoro día por día y se sonreían, pues cada cáscara de huevo será un ovillo de risa en carnaval. Sabe que toda su riqueza la destrozará en unos días, y sonreía de su imprevisión alocada.

Los cajones y cestas se llenan de cáscaras de huevos vacías.

Son copos blancuzcos, algunos pardos, que están silenciosos, sin adornos. Esperan su hora de luz que se va acercando por día de Reyes más o menos.

Muchas jóvenes los enhebran, y así guardaban collares de cuentas fantásticas hechas por las cáscaras, collar que ofrecerán a la alegría, y los desharán muy pronto.

Se avecinaba carnaval y la dueña de la casa y los jóvenes contemplaban su tesoro. Colocaban en una mesa del patio colonial todas las cáscaras con cuidado, y las pintaban de distintos colores. Es decir, las vestían, las adornaban.

Después las colocaban en fila según los colores. Pero no era lujo y adorno por fuera. Tenían una vasija con agua perfumada y llenaban una por una cada cáscara, tapando su orificio con un poco de cera y un trapito de color. La despreciada cáscara de huevo se volvía así un artículo de valor para su dueña, vestida con colores fuertes y llena de perfumes.

Otras veces las cosas no sucedían tan bien, y el relleno del líquido elemento no era muy recomendable.

Faltaban ya pocos días; era la última semana para Carnaval y muchas gente pensaba hacer su negocio con la venta callejera de huevos para los que no fueron previsores.

También había que pensar en tener abundante provisión de agua en casa, llenando tachos, palanganas y tinas con agua.

Por eso la rondana del aljibe de las casas, las mañanas de Carnaval, funcionaba con alegría desacostumbrada, y sin descanso.

También se tenía provisión de aguasendos y de bombas.

El juego de agua era permitido después de la señal dada por un cañonazo a las 2 p. m.

En fberero, pleno verano, a la hora de la siesta, las calles quedan desiertas, pero en Carnaval trataba todo el mundo de no estar en la calle para esa hora si no deseaba jugar.

La siesta esos días no se hacía. Después del almuerzo, temprano, se retiraban los muebles de la sala, y se llevaban las tinas y barriles llenos de agua a esa pieza.

También en la azotea se hacía provisión de vasijas con agua.

Eran los famosos cantones.

Generalmente el juego fino, como lo llamaban al practicado entre gente culta, era en las últimas horas de la tarde.

Las calles estaban desiertas; sólo se oía en las que pasaba el tranvía de caballos, la corneta del cochero y sus gritos.

Andaban pregonando su mercadería, los vendedores ambulantes

que ofrecían las cáscaras de huevo con el clásico grito: huevitos de todos colores para las niñas que tienen amores; o huevos de triquitraque para las niñas que usan miriñaque.

El precio llegaba a ser de $ 0.10 por cada huevo en los últimos días de Carnaval, cuando el entusiasmo o la furia era mayor.

Llevaban los huevos arreglados, por colores, en sus canastas.

El juego era muy distinto según la gente que lo practicaba.

Después de las 2 p. m., que sonaba el cañonazo que anunciaba el principio, las calles desiertas se animaban.

Aparecían los jugadores con su indumentaria pear, para soportar el chubasco, llevando un pañolón con provisión de huevos.

El jugador típico era el «orillero» de sombrero gacho, poncho, pañuelo de golilla y en la mano otro, atado por las cuatro puntas, dentro del cual llevaba su provisión de hasta dos docenas de huevos.

A veces sucedía que no todos los transeuntes eran jugadores.

Los había que por sus necesidades se veían obligados a salir a la calle y al sentirse mojados, algunos sacaban revólveres y disparaban tiros contra las gentes de las azoteas, balcones de casa de alto, etc. Los coches de tranvía a caballo recibían los proyectiles de los balcones de las casas, pues como aquellos por ser verano eran abiertos con bancos corridos, se prestaban para ello.

Esos coches quedaban materialmente inundados.

Algunos pasajeros llevaban provisiones de agua para arrojar al vecindario de las aceras.

Los incidentes eran numerosos. Trompadas a granel, puntapiés, tiros, vidrios rotos.

Salía un individuo con un balde a arrojar el agua sobre el transeunte y éste lo recibía o no, pero saliendo a relucir hasta armas de fuego. Muchos acudían a las piedras. Por último se recurrió a los huevos de gallina así como a tomates y duraznos.

Había paredes en las calles más centrales que ostentaban huevos estrellados, tomates y duraznos reventados. De bombas con papel fuerte, estaban sembradas las aceras. Llegaba a veces la policía al sitio del fandango y era entonces el oírse: A mi me llevan porque soy pobre y al otro lo dejan porque es rico. Un coro de: Que lo larguen, que lo larguen. Este coro seguía una o dos cuadras. Por último el prójimo era puesto en libertad.

Ahora verán Vds. el reverso de la medalla, el juego de agua llamado «fino», entre gente educada.

Al caer la tarde se veía venir en una u otra dirección una gran comitiva, precedida y seguida de una turba de muchachos.

Eran los jugadores de alto tono, la juventud dorada de Montevideo, que salía a jugar por lo fino con cáscaras de cera y cartuchos de confites. Era de verlos tan ufanos y alegres con sus camisetas azules o rojas, pantalón blanco, bota de charol a la granadera, lujosa faja de seda y en la cabeza una boina graciosamente echada a un lado.

Las señoritas salían a los balcones, armadas de jarros y empezaba la batalla. Cuando quedaban rendidos de la refriega, empezaba la

parte galante de la fiesta. Los caballeros arrojaban a manos llenas cartuchos de confites y ahí era el gritar y manotear de los chicuelos que estaban a los desperdicios, lanzándose en masa sobre la vereda cuando algún cartucho no llegaba a su destino, empujándose, pateándose. Los jugadores hacían toda clase de esfuerzos para barajar las coronas que en cambio de los confites les llovían, retribuyendo ellos todavía el obsequio con cajas especiales de antemano destinadas a fulana y a zutana a quienes enviaban por medio de sus sirvientes para que no cayeran en mano de los chicos arapientos, y se retiraban.

Retirábanse los jugadores, mojados hasta la médula de los huesos, las camisetas lacias destiñendo el azul o el rojo de la tela sobre los pantalones, pero muy orondos con sus coronas, torcidas al hombro, cifrando cada cual su orgullo en el mayor número de conquistadas en la acción que acababan de librar.

Este juego en principio inocente en sí, dependiendo principalmente de la cultura de la gente que lo practicaba, degeneró en manos de gente ordinaria, en algo intolerable.

Año tras año las protestas abundaban, los diarios se cansaban de publicar reclamaciones para suprimir esos excesos y la policía lanzaba edicto tras edicto, con penas severas de prisión, pero todo era inútil.

Y la consecuencia más grave era que impedía salir a la gente a la calle para divertirse.

El gozo de la ciudad quedaba encerrado entre cuatro paredes. No había Carnaval callejero, era una alegría contenida que sólo se manifestaba por el juego de agua y los bailes.

Esa fuerza reprimida de la alegría, tenía necesidad de volcarse en la calle.

Si eso continuaba el agua mataría la alegría pero, poco a poco, fueron más severas y prohibitivas las sanciones hasta que se abolió el juego de agua.

* * *

El misterio de la aventura carnavalesca tenía como recinto, el baile de teatro.

Ir a un baile de máscara en un teatro, en aquella época, era el asombro de las jóvenes, el recelo de las esposas, la curiosidad de los jóvenes. Con la evolución de los tiempos, hoy nos hacen sonreír los remilgos, angustias, para concurrir a un baile de teatro.

Y pese a todo, abundaban los sitios noctunos para bailar, lo cual indica que la clientela era numerosa y consecuente.

Si nos imaginamos viajero llegado a Montevideo en aquel entonces y pidiéramos referencias sobre bailes de Carnaval, nos dirían muchas y buenas cosas.

Nos recomendarían los clásicos bailes de Solís, que eran excelen-

tes, por la calidad de la concurrencia, el adorno del teatro, la armonía del conjunto.

La sala del Solís la adornaban con coronas y guirnaldas y en el centro de ella se exponían los objeto de lujo con que se premiaba a las máscaras.

Una comisión de caballeros distinguidos, prestigiaba esos bailes. En 1871 estaba compuesta por los señores: Montes, De María, Fynn, Velazco.

Las comparsas de señoritas «La Oriental», «Libertad», «La Cruzada Libertadora», iban a los bailes del Solís y de San Felipe, donde eran muy agasajadas.

Muy buenos bailes resultaban en el teatro San Felipe, en el famoso Alcarzar Lyrique, Teatro des Buffes en la calle 33, en el Cibils, en el nuevo Politeama y más lejos, en el Teatro de la Unión.

Para la gente de color, habían bailes en el Teatro Nacional, en la Aguada, cuyo empresario era Alsina.

Pero si no le gustaban los teatros para bailar, había otros sitios públicos muy divertidos y animados, por ejemplo, Chateau des Fleurs (Aguada), el Circo del Cordón, la quinta de Bausermont en el Prado, el circo 18 de Julio, el Skating, etc., etc.

También en las confiterías se bailaba, en la confitería de la Victoria (Arapey y Cerro Largo, hoy Río Branco y Cerro Largo) y en la confitería del Pobre Luis.

Por último había las llamadas Academias, bailes de inferior calidad, que a veces preocupaban a la policía. En la Academia de Reconquista y Treinta y Tres, se dió un gran baile dedicado al 1er. espada Valdez por el comendante Feliciano, concurriendo mucha gente de color, en tiempo de las corridas de toros en la Unión.

No hay que olvidar la famosa cancha de Valentín, con sus siempre recordados bailes.

Los bailes públicos como vemos, eran muy numerosos.

Se pagaba la entrada de los bailes en los teatros y tomando como índice el del Solís, que era uno de los mejores, observamos que los señores con o sin careta pagaban 5 reales en 1869 y además debían abonar $ 1.00 por cada papeleta expedida por la policía. Total: 1.50.

Los diarios, especialmente «El Ferrocarril», hacen una campaña protestando por considerarlo excesivo.

En el Alcarzar Lyrique - Theatre Français se cobraba en 1870, $ 1.00 a los hombres, las señoras gratis.

El éxito de los bailes era debido a la propaganda que desde Diciembre se hacía en los periódicos, donde es curioso reconocer los avisos comerciales.

Como un ejemplo recuerdo uno del «Ferrocarril», muy curioso, escrito en dos idiomas español y francés, que dice así:

Alcarzar Lyrique - Theatre Français
29 Janvier 1870
Gran Bal Paré - Masqué et Travestie

Entrada: $ 1.00 - señoras gratis - a las 11 y ½
29 Enero 1870
Gran baile de máscaras y particular
Gran novedad - Sublimes cuadrillas
Gran can - can
Empezará a las 11 ½, terminando con
«Galop infernal» a las 3 ½ de la mañana

Los preparativos de los bailes de Carnaval eran cosa importante y que preocupaba a las gentes.

De tarde las señoras y señoritas, en la hora del mate, entonces no era la del te, se reunían en los amplios patios de algunas casas antiguas, bajo las claraboyas de vidrio o emparrados y zarzos, para hojear revistas de modas e imaginar trajes de fantasía.

Muchas recordaban las óperas italianas en boga, lo mismo que las operetas francesas, que eran populares, para imaginar un disfraz de acuerdo con sus deseos.

Los jóvenes de ambos sexos, poco antes de media noche, iban a casas de alquileres de disfraces a cambiar sus vestidos cotidianos por otros más o menos originales y sobre todo más o menos limpios, que habían servido ya a centenares de individuos. Todos iban a los bailes públicos, desde el de Solís hasta el del teatro San Felipe.

Una vez allí, arlequines y pierrots, marqueses y mamarrachos, duques y dominós, moros y turcos, gente de careta ¡en fin!, todos al ruído de una orquesta, gritan, se empujan, se chocan, se entregan a can - can furiosos y después iban a las cenas.

Las casas que alquilaban disfraces para casos imprevistos, eran numerosas.

En la abaniquería de Ravaioli, Camacuá 121 (hoy Juan Carlos Gómez), se hacían trajes.

En la calle Buenos Aires 238 esq. Camacuá, se vendía no se alquilaban dominós y disfraces.

He aquí el curioso aviso comercial de una casa que alquilaba trajes y estaba situada en la calle Treinta y Tres, dice así:

«A la gente de buen humor
Atención
Economía, elegancia, lujo, variedad y selecciones de épocas y modas, tanto de los tiempos antiguos como modernos
¡¡¡3.000 trajes!!!
completos de máscaras

El que desee disfrazarse con lujo y elegancia, ya sean señoras o caballeros, adquiriendo por el solo hecho de alquilar un traje rico y *más barato* que en cualquier otra parte, el derecho de entrar *gratis et amore* a los *grandes Bailes del Solés* no tiene más que ir a la calle de los Treinta y Tres frente al Alcázar, donde se encontrará con trajes que han lucido en nuestros teatros actrices como las señoras Carozzi,

Briel, y los señores Ifre Benetti, Lelmi, Celestinos, etc., en fin, trajes dignos de ser presentados en cualquier salón y muy ricos y a propósito para un baile de Fantasía y como prueba de verdad, pasen todos a verlos al referido Magasin International et excentrique.

Que agradable es de *por menos dinero* del que hasta ahora se ha abonado por un mal traje, tenerlo rico y con Entrada Gratis al Baile.

Turcos vosotros de turbantes y alpargatas, venid pastoras, amables que si tropezáis con algún desgraciado, vuestro *salido cimiento* hace el efecto de un cinapismo, venid también.

Condes y marqueses aquellos de vejiga, careta de perro o alambre, venid pollos, viejos, ninfas y *arpías venid* y *saldréis* contentos.»

Encontramos un aviso de la Srta. Legaret que hacía disfraces y también coronas con las que se premiaba a las comparsas.

Pero además del traje se pensaba en otros artículos carnavalescos, y el comercio hacía reclame de los productos traídos del extranjero, especialmente de Francia.

He aquí un tipo de aviso:

«Pelucas carnavalescas para las ninfas orientales. En la acreditada mercería Sarandí 331. Se acaban de recibir por último paquete llegado de El Havre: 5.000 docenas de pomitos de extracto de Condray, 500 docenas de jeringas de goma, 100 docenas de aguasendos de superior calidad, 50 docenas de aguasendos de nueva invención, 25 docenas de bonleros, 500 docenas de caretas de seda, de alambre, de cartón con barbas y sin ellas, narices de cera.»

Se anunciaba otro día que en la hermosa botica (Canelones y Andes), había gran y selecto surtido de toda clase de adminículos carnavalescos con perfumes exquisitos.

En la fábrica de Fernández se vendían cartuchos, pomitos, caretas, huevos, confites y otros adminículos.

Y una vez dentro del teatro, previo pago de su entrada, los hombres disfrazados casi la mayoría, junto con las mujeres con disfraces complicados, empezaban a disfrutar de la alegría general.

También se jugaba con pomos de agua perfumada.

Y la música en boga en aquel entonces, para la época de carnaval, era el reflejo de los éxitos teatrales que alcanzaban gran popularidad.

Se representaban con frecuencia operetas francesas en el Teatro San Felipe y Solís y que gustaban mucho y eran muy populares sus canciones.

Vemos anunciado en el Teatro Cibils, en 1876, que se bailaban lanceros con música de la Fille de Mme. Angot.

También se bailaban mazurkas.

Pero la sociedad de Montevideo, podía disfrutar de bailes de máscaras en los clubes distinguidos como el Club Uruguay, Español, etc. El casino Italiano, el Libertad, que han quedado como tradicionales recuerdos por el lujo y el ambiente de fina sociabilidad.

También son de gratísimos recuerdos, los bailes en las casas de familia más prestigiosas de Montevideo.

En 1869 se dió un espléndido baile en casa de la Sra. del General Aguilar.

Pasaron años difíciles y las familias no estaban con ánimo de abrir sus salones.

En 1876 se sufría una intensa crisis civil, la vida se hacía difícil y para colmo de todo, la división de los partidos separaba los miembros de una misma familia, llevando el alejamiento de hermanos, lo que dió por resultado para unos y para otros, que en una sociedad tan pequeña, siempre se notara la falta de alguno.

La primera familia que abrió las puertas de sus salones para recibir a toda la sociedad de todos los colores políticos, fué la distinguidísima familia de Bauzá, que llevó su galantería al extremo de confiar en la palabra de un amigo que reservó los nombres y no inquirir de ninguna máscara el suyo, rodeándolos por el contrario de todo género de atenciones.

Más tarde hubo en lo del Sr. Cornelio Pereira un baile de disfraz que fué magnífico por la calidad de la concurrencia y lo distinguido de la reunión.

Casi al final del siglo, en 1890, los cronistas hacen notar que ya no se abren los salones de familia.

Cuando se abolió el famoso juego de agua, la alegría contenida de la gente pudo volcarse en las calles.

*
* *

Desaparecía una costumbre que había degenerado en forma brutal, mereciendo la censura unánime de toda la población.

Podía con toda libertad empezar la gran fiesta y desparramarse por plazas y calles, en las hermosas tardes estivales de Carnaval.

Recordaba con nostalgia toda la población española e italiana, los carnavales europeos y trataba de cualquier modo de revivirlos en Montevideo. Se trasmitía de padres europeos a hijos criollos, la relación oral de animados corsos de las ciudades italianas o la alegría callejera en las españolas ciudades.

Faltaba aquí la tradición secular, pero el ánimo de las gentes estaba dispuesto para alegrarse pese a todas las contrariedades políticas, económicas y aun sanitarias: fiebre amarilla, cólera, etc.

Todo había que olvidarlo por unos días.

Había necesidad de sonreír, bromear a pleno sol, no sólo en los bailes nocturnos de los teatros y casas de familia.

Allá por 1872 es la primera vez que la gente sale a la calle, pues antes eran tres días de encierro por el juego de agua.

La comparsa Batueca fué quien inició los corsos en Montevideo.

Por 18 de Julio empieza un esbozo de corso con carruajes y familias.

Al año siguiente, en 1873, el inolvidable Coronel Goyeneche, a la

sazón Jefe Político, organizó el mejor corso que aquí se había visto por aquel entonces.

Antes del corso vespertino, era la entrada triunfal del Marqués de las Cabriolas. Y la alegría entra a la ciudad de San Felipe y Santiago, por el agua, que antes quiso destruírla y hoy está sometida. Entra el Marqués de las Cabriolas por el puerto!

Y era necesario darle toda la aparatosidad y brillantez a esa ceremonia. Para ello, desde la mañana temprano en el puerto embanderaban vistosamente un bergantín.

Cerca de la una de la tarde, el muelle se llenaba de gente, porque a esa hora desembarcaba el ilustre huésped.

Su séquito ya estaba pronto, y lo esperaba un carruaje descubierto con cochero de gala.

La banda de Urbano alegraba el ambiente con aires festvios. Por fin, desembarcó el Gran Señor de la Alegría y se ponía en marcha el cortejo.

Abrían la marcha cuatro enanos a caballo, a los que seguían dos carros con las comparsas, después venía el carruaje adornado del Sr. Marqués, y cerrando la comitiva la banda de música y numeroso pueblo.

Recorrían varias calles y terminaba con la visita a la casa del Jefe Político.

Allí las comparsas cantaron varias canciones, retirándose después al Hotel Universal situado en la calle Ciudadela, donde permaneció alojado el ilustre huésped durante tres días.

Ese año se premió a la comparsa llamada «La Campesina Catalana».

Con esto terminaba la faz inicial del ceremonial del Carnaval.

En 1874 el Marqués se llamaba de Porsicuela.

Los corsos se hacían en las horas de la tarde y en la noche.

Estas fiestas de la calle, puertas afuera de las casas, que dejaban de ser fortalezas desde la decadencia del juego de agua, fueron brillantísimas durante unos años 1870 - 1880, y su recuerdo es imborrable.

El escenario eran las calles, veredas y balcones de las casas.

El pavimento era de piedra. Las calles más bien angostas como todavía existen en la actualidad.

Las plazas, Independencia y Constitución, en cambiado mucho en cuanto a su adorno floral y arbolado, que casi no existía.

Así como se adornaban las salas de teatro para los bailes de Carnaval o se abrían los salones familiares, también los vecinos de Montevideo adornaban las calles y plazas y balcones, pues para los corsos, el salón iba a ser la calle.

Se recuerda «La Góndola», balcón adornado como un barco y lo imaginamos repleto de bellas señoritas, prontas para animar con su presencia estas fiestas.

La primera calle de Montevideo que se adornó fué la de Treinta y Tres, antiguamente llamada de los Pescadores, desde el tiempo en

que los jinetes de corona de tarlatana, atravesaban a galope las calles, recibiendo una verdadera lluvia de muchos bombazos.

Los adornos eran encomendados a comisiones vecinales que la integraban caballeros respetables.

Se recaudaba la contribución de los comercios y familias.

En 1876 la comisión de adornos de la calle Uruguay recolectó $ 900. Al año siguiente, la comisión correspondiente a 18 de Julio, abre una licitación para adornos, que no deben costar más de $ 2500, que es lo recaudado. En 1878 se consiguieron $ 2.628 para fasiesta de Carnaval.

Años después fracasa el adorno privado y se hace cargo la Junta Económica Administrativa, de los mismos.

Estas comisiones vecinales de determinadas calles, contrataban los servicios de personas especializadas y había cierta rivalidad para presentar mejor adornada su calle.

La calle Uruguay fué adornada con 3 arcos de luces, 2 en los extremos de la calle y uno en el medio.

La calle Ituzaingó estuvo sencilla pero elegantemente adornada, recibiendo felicitaciones el Sr. Lebas, vecino de la misma, a cuya actividad se debía todo.

En las esquinas de Buenos Aires y Misiones se había puesto un arco construído por el Sr. Alfonsi, que era muy lindo.

Las plazas también las adornaban.

En 1877 la Plaza Constitución tuvo un modesto adorno y se iluminó. Otro año (1880) la Plaza Independencia presentó 4 tablados para las comparsas.

Y ya que hablamos de tablados, cierto año se fabricó uno como puente colgante, en 25 de Mayo y Treinta y Tres, donde le aconteció un percanse a la comparsa «La Moresca».

Se iluminaban el frente del Cabildo, el Club Libertad, el Casino del Comercio, el Correo, y otros establecimientos públicos.

El Club Inglés engalanaba sus balcones y los iluminaba.

Todos los vecinos contribuían con su buena voluntad para el mejor desempeño de las comisiones de festejos de sus calles vecinos, con sus iniciativas privadas.

Al final del siglo, en 1899, ya evolucionó la organización de los festejos, pues revestía carácter oficial.

La Junta Económica Administrativa de acuerdo con el Gobierno, dispuso que durante las noches de Carnaval fueran iluminados el Palacio de Gobierno, Cabildo, Municipalidad, Dirección de Correos y Telégrafos y las calles Sarandí y 18 de Julio.

El clima político de aquel entonces se reflejaba en la organización de los adornos.

Se dispuso que frente a la casa del Presidente se colocase un letrero con la inscripción «Unión, Libertad y Orden» y otro en la Plaza Cangacha y en la calle Cuareim, con la inscripción «Unión y Fraternidad».

A veces merecían críticas de los diarios estos adornos.

Así, en tiempo de Latorre, «El Negro Timoteo» (1879) dice: Las iluminaciones (excepto las del gran arco de la Plaza Independencia, que no pudo encenderse), tenían algo de fantástico, así como los arcos de ramajes elegantemente dispuestos. Las caricaturas de personas conocidas en las armas, en la política y en las letras, llamaban justamente la atención por la semejanza con los personajes caricaturizados.

Las iluminaciones eran a base de faroles; más tarde, cuando se inauguró el gas y después la luz eléctrica, se mejoró notablemente el efecto de la fiesta nocturna.

La primera iluminación con lámparas incandescentes, formaba guirnaldas que se extendían por 18 de Julio desde Yaguarón hasta la Plaza Independencia. Las lámparas estaban encerradas dentro de bombas de varios colores y las guirnaldas se colocaban en el espacio comprendido entre dos arcos voltaicos. En la calle Sarandí y en varios edificios se empleaban las acostumbradas bombas blancas, azules y coloradas.

En el año 1882 se emplearon en adornos de calles, 15.000 bombas de vidrio y 2.500 picos de gas.

Prontos ya los adornos, la gente se animaba y salía a las calles para concurrir a los corsos del centro de la ciudad, viniendo desde el lejano Cordón o Aguada.

Después de la entrada triunfal del Marqués de las Cabriolas, a la 1 p.m., empezaban los corsos vespertinos y nocturnos.

El primer día de Carnaval a las 5 p.m., las comparsas a pie se daban cita en la Plaza Constitución y las de a caballo en la calle Sarandí. Los carruajes y jinetes se colocaban en la calle Rincón, para evitar los conflictos que podrían sobrevenir de una aglomeración.

En el famoso carnaval del 73, el corso fué dirigido por una comisión de caballeros.

Las comparsas de a pie iban a la cabeza, después los carruajes con comparsas y más atrás máscaras a caballo y carruajes particulares.

El corso iba por Ituzaingó, por 25 de Mayo hasta Colón, de ahí Sarandí hasta Treinta y Tres, después por Buenos Aires hasta la Plaza Independencia, seguía por 18 de Julio hasta Ejido, volviendo por Colonia hasta Ciudadela. Loso tros días se cambia el recorrido.

El número de comparsas era muy grande.

Los corsos eran presididos por el Jefe Político y en 1876 lo era el Coronel Gaudencio y la Comisión de Fiestas estaba compuesta por los señores Arteaga, Vilaza, Carve, Casal, Zavalla, etc.

En las veredas estaba toda la juventud, dispuesta a bromear con las máscaras de los carruajes o a pie. Los jóvenes llevaban galera en pleno verano, como se ve en el cuadro de Diógenes Hequet.

Las señoritas iban en los carruajes, vestidas con todo el recargo de ropas que la moda imponía, por cierto muy distinta de la simplificación del vestido actual, como se ve en el mismo cuadro.

Había sitios especiales donde se agrujaba la juventud y especialmente la Confitería Oriental era el centro de nuestro «leones» (al decir de un cronista de aquella época, y que hoy diríamos «niños

bien»), que no dejaban pasar carruaje sin hacerle pagar tributo a la antigua costumbre del agua, hoy modificada con los pomitos.

Eran una fiesta de sociabilidad esos corsos, cuyo recuerdo ha quedado imborrable. Entre las jóvenes de los carruajes y los jóvenes transeuntes se establecían conversaciones y se daban bromas, ya que la lentitud del tráfico a caballo lo permitía.

Se jugaba con pomitos de agua perfumada, se cambiaban flores, hasta que al final del siglo aparecieron las serpentinas y los confettis.

Un cronista con estilo pompoco, cursi, dijo respecto a las serpentinas:

La serpentina es una invención parisién, una de las más elegantes y hasta poéticas manifestaciones de cultura moderna aplicadas al Carnaval.

Nada de ramos pesados que se convierten en peligrosos proyectiles, nada de pomitos que dejan el campo abierto a los desmanes de los guarangos, nada de cáscaras de huevos, etc., etc.

Sólo la serpentina reúne todas las condiciones del proyectil cortés y liviano que no lastima ni ensucia, que luce la destreza de quien lo tira».

Esto escrito en la prosa artificiosa del cronista, muestra la sorpresa de la innovación del juego de Carnaval.

Es muy curioso el efecto que produjo la novedad del confetti a fin del siglo.

Decía un cronista para explicar a la gente este nuevo juego:

Los «confetti» son una caja circular de cartón, provista de un explosivo que al producirse el estallido, por medio de una sencilla combinación de hilos, se produce una llamativa lluvia de papelitos de todos colores. Este juego mal aplicado pudo tener malas consecuencias. En 25 de Mayo y Misiones, uno de los paseantes arrojó uno de esos confettis a varias damas que ocupaban una jardinera que formaba parte del corso. El proyectil carnavalesco hizo arder las serpentinas enredadas en el vehículo, comunicando el fuego a los tules y telas de fantasía de los vestidos. Las damas tuvieron quemaduras, algunas serias.

Por ese motivo se prohibió el uso de confettis.

Las comparsas, que tuvieron tan gran papel en los corsos, animaban de un modo extraordinario estos desfiles carnavalescos.

Su variedad era muy grande.

Las había de hombres y femeninas, a pie y a caballo.

En 1869 se presentaron 23 comparsas; en 1874, 40; en 1876, 46, con 1058 personas; en 1877, 50, con 1200 personas; en 1878, 34, con 882 personas.

En realidad debía ser un excelente espectáculo visual el desfile de más o menos 1.000 personas disfrazadas, con sus músicas y cantos.

Los trajes eran variados, algunos de muy buen gusto y costosos.

Recordaban trajes típicos de otros países, preferentemente de España e Italia. No dejaban de aparecer las Estudiantinas, con sus típi-

cos sombreros de dos puntas atravesando la cabeza, con el símbolo al frente y llevando además capas españolas.

Se recuerdan las Estudiantinas Igualdad, Filantrópica, Oriental.

Había de marineros, con sus lujosos estandantes (La Marina, Vendaval, Marina Nacional, Uruguaya).

La comparsa Medioeval evocaba tipos de lejanas épocas.

Los «Escoceses», se juntaban con la comparsa de indios llamada «Los Charrúas» y no tenían a menos la vecindad de «Los Gauchos».

Las había de animales: «Los Sapos», «Los Langostas», que debían desfilar cerca de la «Jockey Club».

Otras comparsas tenían una finalidad cómica de carácter político, eran: La Diputación Batueca, Los Oportunos, Los Financistas, Los Económicos, Los Situacionistas, Los Galerones, Candidatos a Ministro, etc.

No faltaban las de carácter sentimental o lírico, como lo demostraban: Los Hijos del Plata, Los Hijos de Venus, El Misterio, La Canción Misteriosa, Fe, Esperanza y Caridad.

Las agrupaciones francamente cómicas eran: Los Viudos, Los Improvisados, Los Harapientos, Cotorrones del Pueblo, Los Tarambanas, Los Hermafroditas, Los Aparecidos.

Las comparsas a caballo no eran tan numerosas, como fácilmente es de suponer, y se recuerdan: La Unión Oriental, La República, La Paz.

Las comparsas femeninas se presentaban lujosamente ataviadas y no se olvidan las agrupaciones llamadas «La Oriental», que se componía de 65 señoritas con trajes azul y blanco; «La Libertad», con hermosos trajes con cintas de raso punzó (como dice un viejo cronista); La Tentadora, Las Misteriosas y La Candombera.

En todos lados eran muy aplaudidas, concurrían a los bailes de Solís y San Felipe, donde eran muy agasajadas.

Ya hemos hablado en el Carnaval Negro, de las comparsas de negros, que eran gran parte del éxito de estos desfiles.

Las comparsas a pie o a caballo, formaban parte de los corsos y cumplían varias obligaciones sociales, si así lo entendemos.

Visitaban casas de familias principales y era de ritual la visita al Jefe Político, siendo siempre bien recibidas.

En 1869 la comparsa «Fomentista», integrada por 45 jóvenes, estuvieron de visita en la casa del Presidente Batlle, en la Policía, en lo de J. P. Ramírez, Rodríguez, Cibils, Giró, Martinelli, Nin Reyes, Bustamante, etc.

En la Jefatura se ponía una mesa para servir refrescos, dulces, etc., a los visitantes.

El Jefe Político, especialmente el Dr. Brian y sus empleados, los recibían amablemente.

Las comparsas hacían oír sus canciones, eran premiadas con bonitas coronas y después las agasajaban cumplidamente.

Algunas iban a las Plazas Independencia o Constitución a los tablados y especialmente al que había en forma de puente colgante en 25 de Mayo y Treinta y Tres.

Los versos de esas comparsas aparecían después impresos en los periódicos corrientes como «El Ferrocarril», etc., o en un periódico especial que sólo salía a luz en esa época del año y se llamaba «El Carnaval».

Algunos versos eran fabricados por ellos mismos, pero otros los encargaban a personas profesionales en eso.

He visto un aviso de Isidoro de María (hijo), en 1876, que dice entre otras cosas: «bastante práctico para hacer todo género de composiciones para comparsas, ofrece sus servicios a los interesados.»

Los versos políticos, como de costumbre, satirizaban a los personajes de actualidad y eran la expresión de su crítica al Gobierno.

Algunas comparsas daban bromas o hacían parodias que tenían gran éxito.

Los Fomentistas, por ejemplo, iban disfrazados de gerentes y rematadores, y vendían los tran-ways (como se decía entonces) por 0.60 y el Cabildo con acción a los presos y llave, en 25 reales.

Los Oportunos salían con carro de mudanza y hacían una imitación de las elecciones frente a la Matriz. Era un verdadero retrato de las que se han efectuado siempre entre nosotros (según un cronista), es decir, a rigor de plata, plomo, acero.

Otras comparsas, con un gesto muy simpático, fomentaban la filantropía y así la «Estudiantina Igualdad» recaudó $ 177, que entregó a la secretaría de la Sociedad de Beneficencia.

Toda esa parte brillante del roi, de las comparsas, que en general era exitosa, en ocasiones se obscurecía y sucedían percances que les deslucían.

La Moresca, era una sociedad compuesta en su mayor parte de jóvenes italianos, con trajes de noble, de terciopelo verde, y que estaban perfectamente ensayados en bonitas ejecuciones de arma blanca, simulando antiguos gurreros.

Le sucedió un percance a uno de sus miembros sobre el puente colgante o tablado construído en la esquina de 25 de Mayo y Treinta y Tres.

Un lunes de Carnaval a eso de las 9 p.m., La Moresca acababa de llegar. Suben todos a dicho puente, forman semicírculo y se adelanta algunos pasos el que hacía de director. Al tiempo que éste daba a sus compañeros los compases de orden, cede una de las tablas del puente y aquel hombre cae por el boquerón, felizmente con toda suerte, que si bien la mayor parte del cuerpo quedó colgada en línea vertical hacia el empedrado, los brazos y cabeza estaban sobre la madera. Sólo se lastimó algo.

Samuel Blixen, con su fino estilo, describe otro accidente que también fué cómico, pero que pudo ser terrible.

La comparsa «La Mitológica», cuyos socios pertenecían a las principales familias. Era una comparsa formada por los dioses del Olimpo y cada cual tenía su traje y sus atributos expresamente mandados venir de Europa.

Júpiter — Eugenio Garzón -- envuelto en un manto rojo fran-

queado de arminio con corona y esgrimiendo en la mano un fulminante hay de rayos.

Vulcano — Federico Vidiella — con mandil de cuero y gran martillo.

Hércules — Santiago Michelini.

Saturno — Carlos Castillo.

Mercurio — Alberto Pereira — papel que se le confió por ser el más espigado de la comparsa; andaba muy ufano con su caduceo adornado de víbora en la mano y sus alitas en los talones y en el casquete.

Marte — Eduardo Nebel — con yelmo, coraza y espada.

Pan — ¿Se imaginan un hombre metido en pleno mes de febrero en una piel de carnero, cerrada desde el cuello hasta los pies, como si estuviera forrado de lana? — Era el joven Calvo, hermano del reputado músico D. Carmelo Calvo.

Los dioses cantaban como simples mortales con versos y músicas especiales.

Iban en su carro olímpico, vestido el cochero con un traje también mitológico, para no desdecir del conjunto. Precedían a la comparsa los litores, jinetes en blancos corceles y tras ellos iban los músicos, dentro de un carro, adornados todos ellos con vestidos romanos, haciendo la más extraordinaria figura.

Cerraba la marcha el carro de los dioses.

Puesta en camino la comitiva, se dirigía a la casa del Sr. Vidiella, cuyo hijo Federico era el presidente de la comparsa, correspondiéndole la primacía en cuanto a ver y oír los cantantes olímpicos, y fueron muy agasajados.

Después pensaron ir a lo de Buxareo, que era la más cercana.

Instalados todos en sus sitios, partieron los litores al trote de sus caballos; tras ellos arrancó el carro de los músicos romanos y en seguida se puso en marcha el Olimpo, arrastrado por 4 caballos, zangoloteándose de lo lindo los dioses, haciendo equilibrio para no caer. Pero al doblar la esquina de 25 y Cámaras, como venía tan ligero el carro de los dioses, se volcó cayendo dioses, catafalco, atributos, etc., jurando y maldiciendo de lo lindo todos los dioses.

Así como en las calles durante el corso, se divertía la gente, en las plazas Independencia y Constitución se transformaban en sitios de alegría.

Corrían a las máscaras, se daban bromas, cantaban las comparsas en los tablados de la plaza Independencia.

También habían peleas y tumultos.

En Carnaval todo se aprovechaba.

En la plaza Independencia se exhibía la Tortuga Coraco. Desde el domingo se encontraba dentro de una carpa aquel monstruo marino perfectamente embalsamado. dentro de una caja de cristal. Tenía un brillo especial su embalsamiento. Particularmente de noche producía maravillosos efectos. 3.000 personas la visitaron el primer día.

Estas máscaras sueltas, populares, verdaderamente eran las más

carnavalescas. Había *condes* de careta de alambre con la boca de resorte para fumar una tagarnina. Había *indios* de camisetas de punto, adornadas la cabeza y la cintura con desperdicios de plumeros. Había *turcos* de cabeza atada con pañuelos de algodón, luciendo sobre la ropilla la licencia policial y holgadamente calzados con amplias alpargatas.

Como un detalle curioso de los carnavales de fin de siglo, debo hablar del carnaval en la Bolsa de Comercio.

Los diarios de 1892 recordaban que cierto día, un sábado de febrero, no hubo la segunda rueda en la Bolsa de Comercio a causa de que los corredores anticiparon el Carnaval trabándose en descomunal lucha con bombas de goma llenas de agua. Los corredores estaban todos alegres, todos de jarana. Se jugó en grande con serpentinas y con bombas de agua.

El comentario de un diario era: se ve que no tenían mucho que hacer.

Los días de jolgorio se terminaban y se finalizaban con dos episodios: el entierro de Carnaval y el día de ceniza. Hubo un entierro carnavalesco famoso.

A las cuatro de la tarde se reunieron en la Plaza Constitución gran número de comparsas y pueblo y partió el cortejo al son de fúnebres cantares por las calles adornadas. Llamó la atención una comparsa de vascos que llevaba en un féretro a un gordo y morrudo cerdo, perfectamente adobado y preparado para el final de la ceremonia. El viento por cierto no se llevará sus cenizas.

La comparsa Medioeval simulaba un escuadrón de caballería, y llevaba un féretro con un muñeco vestido de guerrero y arriba una magnífica copa que recibió de la comisión de fiestas de la calle 33.

La ceremonia que fué notable, al regresar a la plaza se preparaba el Dr. Melancolía, orador del cortejo, a subir al tablado para hacer oír su panegírico, cuando los batallones de línea de la capital, que para nada habían sido llamados, de improviso se presentaron y se disolvió todo.

Y como último destello del Carnaval, quedaba una costumbre ritual, es decir, festejar el Día de Ceniza.

He encontrado esta curiosa crónica, que recuerda vivamente esta tradición.

Allá por 1886 el Día de Ceniza...

Los muchachos pilluelos arrojaban harina en grandes cantidades, hasta de medio kilo, sobre los transeuntes por ser día de ceniza y de manera especial las señoras protestaban. Si los niños cometen tales abusos —se decía— sus respectivos padres deberían corregirlos con la severidad que corresponde y los grandes creemos qua a la actividad policial no le faltan medios de evitarlo.

Los comisarios de las diferentes secciones aprehendieron a muchos arrojadores de harina y hubo sección, como la 3.ª, en que los enjaulados en determinado momento llegaron a cerca de 30. Lo más cruel era que se hacía con las pobres mujeres, a las que se ha conver-

tido en verdaderos mascarones, pues sobre uno que les arrojaba harina se iba otro y así sucesivamente hasta dejarlas totalmente enharinadas de cabeza a pies.

El juego empezó en la madrugada con las criadas que van al mercado y hasta las 10 ½ de la noche hemos visto arojar harina en el centro de la plaza Independencia por muchos pilluelos a las pobres mujeres y niños que se retiraban a su domicilio.

*
* *

Es innegable que nuestro país tenía una vitalidad asombrosa y que en nada cambiaba la esencia ni los tiempos del sitio ni la miseria, ni las zozobras, ni las fatigas en un asedio penosos le hicieron olvidar el buen humor y la alegría.

De las trincheras se iban a los bailes y éstos terminaban casi siempre con el cañonazo de alarma.

En 1876, en la época del auge del Carnaval montevideano, la crisis era tremenda, la vida era difícil y para colmo de todo esto, la división de los partidos separaba los miembros de una misma familia, llevando el alejamiento a hermanos, lo que daba por resultado ya para unos, el que en una sociedad tan pequeña siempre se notara la falta de alguno.

Los carnavales después de aquella época de apogeo fueron decayendo al final del siglo.

Tanto es así que en 1890 se hizo una consulta al Consejo de Higiene, que opinó que debían suspenderse las fiestas por la proximidad de la fiebre amarilla en Río Janeiro y Santos, tanto que el Ministerio de Guerra los decalró sospechosos.

Sin embargo, el general Tajes hizo saber al delegado de la Municipalidad, que su resolución era que tuvieran lugar las fiestas, y se agravó en 1897 en que el país estaba despoblado y en la miseria.

El comercio se paralizaba, los ciudadanos emigraban ante el peligro de una guerra civil.

Esta crisis financiera y política influía en el medio ambiente y se agravaba con la censura y falta de libertad de la prensa.

Un diario decía: El carnaval de 1897 empezó bajo auspicios tristísimos. Montevideo estaba despoblado, la campaña arrasada por la leva, centenares de compatriotas dispuestos a reivindicar sus derechos por las armas y el gobierno divorciado del pueblo.

Este Carnaval montevideano quedará como un desfile de tipos curiosos: turcos mezclados con negros candomberos; jugadores de agua y harina, marqueses de las Cabriolas que entran por el puerto en bergantín, batallones de soldados y corredores de Bolsa que juegan al Carnaval, gentes que alquilan trajes de disfraz a media noche.

Todos se van alejando, cada vez más, y se perderán en el silencio de las cosas idas.

MIGUEL A. JAUREGUY